



El cantante falleció a los 96 años
IMAGEN: WWW.LACAPITAL.COM.AR

Experiencias que se convierten en anécdotas Tony Bennett, la Antártida y la toponimia

Señor Director:

Acabo de escuchar que hoy, 21 de julio de 2023, falleció Tony Bennett, famoso también como «la voz de la sonrisa eterna», un cantante mundialmente conocido por su estilo melodioso y amable en el fraseo. Recomiendo escuchar «I've Got You Under My Skin» en dúo con Lady Gaga, en su recital de despedida ¡a los 95 años!

Sin embargo, el relato se asocia con él por otro lado.

En la década de los ochenta, del siglo xx, estuve muy involucrado, por ser oceanógrafo, en un programa de aeromagnetismo en el mar de Weddell. Volé en todos los más de noventa vuelos que se hicieron operando alternativamente desde Río Grande o desde Punta Arenas con aviones P3-C del Naval Research Laboratory de la US Navy. En la mayoría de los casos, estos vuelos eran de más de diez horas y, en la zona de exploración a muy baja altura, se procuraba volar a 1000 pies para aumentar la sensibilidad del instrumental de abordaje y, también casi siempre durante la operación, con uno y a veces con dos motores parados para aumentar la autonomía del avión.

Yo solía cubrir guardias, coordinadas con mis colegas científicos, frente al magnetómetro a fin de asegurar que los registros fueran de buena calidad. Todo se hacía muy

monótono, salvo por hechos especiales, por lo general asociados con emergencias que ponían a toda la tripulación en alerta. En uno de esos vuelos, sobrevolando en el fondo del Weddell, supuestamente sobre el mar, pero bien pegados a la península antártica, en medio de un campo de nubes muy bajas que apenas dejaba ver el hielo poco más allá de nuestra vertical, se presentó la siguiente situación:

El radarista consultó al navegante si teníamos una isla a proa o si nuestra derrota se montaba a la costa. El navegante, luego de verificar lo cargado en el sistema de navegación con lo programado para cubrir el área, contestó con seguridad que no había nada más que mar congelado en toda la pierna que estábamos haciendo.

El radarista, entre responsable y aferrado a algo que lo sacara del aburrimiento, insistió en que, entonces, teníamos una nube muy densa en nuestra proa, porque en el radar tenía un eco muy fuerte. El navegante hizo la salvedad de que la cartografía de base en esa zona era incierta, pero que la pierna de navegación se estaba haciendo por el mar, tal como estaba planificado.

Hubo un nuevo comentario del radarista, ahora al piloto, reiterando lo que él estaba observando en su pantalla para que estuviera alerta.

En ese momento, recuerdo entró en el sistema interno de comunicaciones la voz del piloto, un capitán de corbeta de la Reserva Naval de nombre Jim Jarvis, que dijo en difusión abierta a todo el avión: «Agárrense», y puso trompa arriba el avión, con mucho ángulo, simultáneamente con el inicio del procedimiento de arranque del motor que estaba intencionalmente detenido desde hacía varias horas.

Mientras hacíamos los pertinentes cortes de registración y anotábamos la discontinuidad en esa pierna y el avión emergía del campo de nubes, aparecía, no muy lejos en nuestra proa, una montañita que, evidentemente con algo más de 3000 pies de altura, emergía entre las nubes, como una isla cubierta de hielos, con un blanco bien diferente del también blanco campo de nubes bajas que la rodeaba como un mar espumoso.

Los comentarios en los sistemas de comunicaciones nos pusieron a todos a mirar por los ojos de buey, por el domo de observación y desde la cabina con los pilotos. Y se empezaron a escuchar las gracias y los elogios al radarista.

Terminado el vuelo, era habitual que toda la tripulación se reuniera en el bar del hotel donde nos alojábamos para brindar y contar anécdotas antes de iniciar la nueva abstinencia de alcohol previa al siguiente vuelo. Sin embargo, en este caso, el centro de los brindis y de los agradecimientos —porque realmente gracias a él estábamos disfrutando de ese posvuelo—, fue el radarista que, curiosamente y sin parentesco alguno, se llamaba «Tony Bennett».

Pocos años después, siendo Capitán de Fragata, me tocó ejercer el Comando de segunda clase en el buque oceanográfico ARA *Puerto Deseado*. Hice el curso de navegación antártica y, cuando lo finalicé, al estar conversando con el Capitán de Navío Vicente Federici —ya retirado y tristemente fallecido hace unos años—, quien era en ese entonces el referente obligado para todos los marinos argentinos que teníamos la suerte de poder abordar la aventura polar, con el pragmatismo que lo caracterizaba, me dio un consejo que más o menos decía lo siguiente: «Lo más importante cuando uno tiene que participar en una campaña antártica es ir y volver sin convertirse en un nuevo topónimo».

Gracias a Tony Bennett y a esa montaña —que creo que aún sigue sin nombre—, yo soy un feliz retirado compartiendo con ustedes esta anécdota de aventuras navales.

Capitán de Navío (R) **Javier A. Valladares**
Socio N.º 7360

Estimado Sr. Director:

En la reciente presentación de un libro de arte y urbanismo centrado en las comunidades del Río Negro, que reproduce un artículo del *Boletín del Centro Naval* N.º 851 sobre la navegabilidad de dicha vía, se hace referencia particular a mi artículo, aunque destaco la importancia del *Boletín del Centro Naval* como publicación referente, que gracias a la web y las redes, adquiere una inmensa difusión y llegada global.

En este sentido, informo que, por otro artículo («La didáctica en el empleo de los simuladores marinos», *Boletín del Centro Naval* N.º 853/2020), he sido contactado por un doctorando de la República Oriental del Uruguay para ser citado y aportar más elementos, así como para informarme que el trabajo fue mencionado en un congreso internacional de cirugía.

Felicito entonces a Usted y al equipo por la calidad editorial y la divulgación acertada del prestigioso *Boletín*.

Capitán de Fragata (R) **Alberto Gianola Otamendi**
Socio N.º 9586

Señor Director:

Por la presente, quiero hacer notar a usted el desliz de un involuntario error en el artículo de mi autoría titulado «El alférez Sobral en la Marina de Guerra», aparecido en el número 856 de la prestigiosa y centenaria publicación que dirige.

En efecto, en el séptimo párrafo, *in fine*, de la página 136, escribí que el integrante de la vigésimo quinta promoción de la Escuela Naval, Carlos Moneta, «pasaría luego varios inviernos en las islas Orcadas durante su carrera», lo cual es incorrecto. Quien pasó esos inviernos fue el Sr. José Manuel Moneta, objeto de un homenaje de mi autoría en ocasión del Día de la Antártida Argentina del corriente año.

Ruego a usted tenga la amabilidad de subsanar el error de la manera que considere más conveniente.

Licenciado **Enrique J. Aramburu**